

LA REALIDAD DEL SUEÑO

Desde hace seis años, pleitos sin fin. Si no pleitos propiamente, choques, altercados, discordias, enfados durante tres, cuatro días; resoplidos de una parte, lágrimas de la otra. ¿Por qué? En realidad, por nada. Por una terquedad que más necia no se hubiera podido imaginar.

Así, al menos, lo sostenía él. Y lo lamentable era que lo sostenía con una persistencia fría y metódica, que tenía el poder de exasperar la rabia de ella hasta hacerle estallar alguna vez en accesos frenéticos.

Dios, qué voz, qué voz, qué tono de seguridad profunda e inconcusa, que parecía más que nada acusarse en aquella nariz algo gruesa, pero bella; ¡ah!, bella, bellísima como por otra parte todo él. ¿Quién podía negarlo? Bellísimos ojos, bellísima frente, bellísimos cabellos, bellísimas manos: todo bellísimo.

Era esta precisamente la desesperación de ella. Porque cuanto él decía y afirmaba tenía el mismo valor incontestable de su belleza; de modo que, no pudiéndose negar de ningún modo que fuese bello en todo, no se podía, igualmente, contradecirle en nada. Este era el caso.

¡Y él no comprendía nada de cuanto le ocurría a ella!

Al escuchar las interpretaciones que tanta seguridad daba de ella, de ciertos impulsos instintivos, de ciertas antipatías, acaso injustas, de ciertos sentimientos suyos, en los cuales ni aún ella misma sabía ver claro, le venía la tentación de arañarlo, de abofetearlo, de morderlo.

Y aún la irritaba más el ver que después toda aquella frialdad, aquella seguridad, aquel orgullo sostenido de joven hermoso, incontestablemente hermoso, venía como a derrumbarse en otros ciertos momentos, en los que se le acercaba, porque tenía necesidad de ella. Entonces, ¡ah!, tímido, humilde, suplicante... demasiado, en verdad, como si en suma en aquellos momentos no lo hubiera ella deseado como él; entonces, por motivo diverso, se sentía también irritada; tanto que, sin embargo, de hallarse inclinada a ceder, se obstinaba en resistir; y el recuerdo de todo abandono, envenenado en su momento más bello por aquella irritación, se le cambiaba en rencor.

* * *

Figuraos que él sostenía que era terquedad en ella la torpeza, la cortedad, la confusión que experimentaba delante de todos los hombres, aunque fuesen los amigos más íntimos de la casa. Confusión, sí, cortedad, torpeza... sin una razón. Porque sí...

¿Pero, le podía probar él que aquello era terquedad? ¿Querría saberlo mejor que ella? Sí, señor, mejor que ella.

—Experimentas esa cortedad porque la piensas—se obstinaba en sostener él.

—¡Pienso en la cortedad porque la experimento!—rebatía ella rabiosamente—. ¿Qué es eso de la auto sugestión? La experimento. Así es. ¡Y debo agradecer a mi padre la buena educación que me ha dado! ¿Quieres poner en duda también esto?

¡Ah!, por lo menos esto, no era de esperar. Él mismo había tenido prueba de ello durante el noviazgo. En los cuatro meses anteriores al matrimonio, allá, en la ciudad natal, no se le había permitido a él, no ya tocarle una mano, pero ni aún siquiera cambiar con ella dos palabritas en voz baja. Más celoso que un tigre, el padre había inculcado en ella desde pequeña un verdadero terror hacia los hombres; no había nunca admitido uno, lo que se dice uno, en casa; todas las ventanas cerradas; y las rarísimas veces que la había sacado de paseo, le había impuesto la condición de ir con la cabeza baja como las monjas, casi como

si fuera contando los guijarros del empedrado.

Pues bien, ¿qué extraño era que ahora, ante la presencia de un hombre, experimentase aquella confusión, y no acertase a mirar a ninguno a los ojos, y no supiese ni hablar ni moverse?

Hacía ya seis años, es verdad, se había librado de la pesadilla de aquellos feroces celos paternos: hacía seis años que veía gente, hombres, mujeres, en su casa, por la calle; y sin embargo... No era ciertamente aquel pueril terror de antes; pero sí esta cortedad. En efecto, todo era inútil; por más que ella se esforzase, los ojos no sabían lo que se dice sostener la mirada de ningún hombre; la lengua, al hablar, se le embrollaba; y de improviso, sin saber por qué, se le hacía la cara fuego vivo, con lo cual podían creer que se le pasaba por la imaginación quién sabe qué cosa, siendo así que no pensaba en nada, ella; y en suma, se veía condenada a hacer una triste figura, a pasar por necia, por estúpida, y no quería. ¡Inútil insistir! Gracias a su padre, debía hacer el oso, ella, por fuerza, allá, encerrada, sin ver a nadie, para no experimentar al menos el despecho de aquel estupidísimo, ridículísimo embarazo más fuerte que ella.

—Pero, Silia mía...

—Pero, Aldo mío...

* * *

Veía él que, cada vez más, se hacía el vacío a su alrededor, por causa de esta terquedad de su mujer. Los amigos, los mejores, aquellos a quienes tenía en más y que hubiera querido conservar como ornamento de su casa, del pequeño mundo que, seis años atrás, al casarse, había esperado formarse en torno, ya se habían alejado uno a uno. ¡Y tenían razón, pobrecillos! ¡Palabra! Venían a la casa; preguntaban:

—¿Y tu mujer?

Su mujer había escapado precipitadamente al primer golpe de la campanilla. Fingía que iba a llamarla; iba de verdad; se presentaba con cara afligida, las manos abiertas, sabiendo, sin embargo, que todo era inútil; que la mujer lo iba a despedir con los ojos encendidos en ira y le iba a gritar entre dientes:—«¡Estúpido!»—; le daba la espalda y volvía, sabe Dios cómo por dentro, pero en apariencia sonriente, para notificar:

—Ten paciencia, querido, no se encuentra bien... se ha metido en la cama...

Y esto una, dos, tres veces; hasta que, al fin, ya se sabe, ellos se cansaban; habían comprendido... ¿No habían de agraviarse?

De ellos quedaban sólo dos o tres, más fieles o más animosos. Y éstos, por lo menos, quería Aldo conservarlos, uno especialmente, el más inteligente de todos, seriamente docto y enemigo de la pedantería, acaso un poco

por darse tono; periodista sagacísimo; en suma, amigo inmejorable: Carlos Viola.

Alguna vez su mujer se había dejado ver de estos pocos amigos que le quedaban, o cogida de sorpresa, o porque, en un momento bueno, había accedido a los ruegos de él. ¡Y, señores míos, señores míos, no era cierto que hubiese hecho una triste figura: todo lo contrario, completamente al revés!

—Porque cuando no lo piensas, ¿lo ves?... cuando te abandonas a tu natural... tú eres despierta...

—¡Gracias!

—Eres inteligente...

—Gracias...

—¡Y estás muy lejos de verte encogida, te lo aseguro yo! Perdona: ¿qué gusto habría yo de tener en que hicieras una triste figura? Hablas con desenvoltura, sí, sí... quizás demasiada... pero graciosísima, ¡te lo juro! ¡Te sonrojas toda, y los ojos... muy al contrario de no saber mirar!... Te centellean, hermosa mfa... Y dices, y dices cosas también atrevidas, sí... ¿Te asombras? No digo incorrectas... sino atrevidas para una señora; con ligereza, con desenvoltura, con ingenio, en suma, ¡te lo juro!

Se entusiasmaba con los elogios, notando que ella—no obstante sus protestas de no creerlos—experimentaba con ellos en el fondo un placer, enrojecía: no sabía si sonreír o fruncir las cejas.

—Y por eso, precisamente por eso, créeme, Silia, es una verdadera terquedad la tuya...

El hecho de que Silia no protestase contra aquellas cien aseveraciones de su «terquedad» y acogiera aquellos elogios a su charla franca y desenvuelta y hasta atrevida, con evidente complacencia, debería haber dado qué pensar al marido.

¿Cuándo y con quién había ella hablado así? Pocos días antes, con Carlos Viola.

* * *

A la presente hora, Carlos Viola era, para Silia, el más antipático de todos los amigos, pasados y presentes, de su marido.

Es verdad que ella reconocía la injusticia de ciertas antipatías suyas, y que, sobre todo, llamaba antipáticos a aquellos hombres, ante los cuales se sentía más cohibida.

Pero ahora, la complacencia de haber sabido hablar delante de Carlos Viola, hasta con atrevimientos, provenía del hecho de que este señor, con objeto, sin duda, de estimularla hondamente, en una larga discusión sobre el eterno argumento de la honestidad de las mujeres, había osado sostener que el excesivo pudor acusa, infaliblemente, un temperamento sensual, y, por tanto, que hay que desconfiar de una joven que se ruboriza por nada, que no

se atreve a alzar los ojos porque cree descubrir, desde todas partes, un atentado al propio pudor y, en toda mirada, en toda palabra, una asechanza a la propia honestidad. Quiere decir que esta mujer tiene la obsesión de las imágenes tentadoras; teme verlas, doquiera, y se turba con ellas de sólo pensar. ¿Cómo no? Mientras que otra mujer, libre de sensaciones, no experimenta en absoluto estos pudores; habla fácilmente, ¡oh, Dios!, sí, aún de ciertas intimidades amorosas, sin turbarse nada, y no piensa que pueda haber nada de malo en una... ¿qué sé yo?, en una blusa un poco descotada, en una media calada, en una saya que deja ver apenas... apenas algo más del tobillo.

¡Oh, no! No decía él, ni por asomo, que una mujer, para no parecer sensual, debiera mostrarse descarada, impúdica y dejar ver aquello que no se debe enseñar. Esto, dicho así, podría parecer una paradoja. Él hablaba del pudor. Y el pudor, para él, era la venganza de la insinceridad. No es que el pudor no fuera sincero por sí mismo. Era al contrario: sincérrimo, pero como expresión de la sensualidad. Insincera es la mujer que quiera negar su sensualidad mostrando como prueba, los rubores de su pudor en las mejillas, eso es. Y esta mujer puede ser insincera, aún sin quererlo, aún sin saberlo. Porque nada es más complicado que la sinceridad. Fingimos todos espontáneamente, no tanto delante de los otros

cuanto delante de nosotros mismos; creemos siempre de nosotros aquello que nos place creer, y nos vemos no como somos en realidad, sino como presumimos ser según la construcción ideal que nos hemos hecho de nosotros mismos. Así puede suceder que una joven, aún sin darse cuenta de ello, sensualísima, crea ser casta y experimentar desdén y enojo por la sensualidad, sólo por el hecho de sonrojarse de una pequeñez. Este sonrojarse de nada, que es por sí mismo expresión sincérrima de la sensualidad efectiva de ella, es tomado, a veces, como prueba de la supuesta castidad y, así tomado, resulta, naturalmente, insincero.

—Vamos, señora—había terminado, algunas noches hace, Carlos Viola—, la mujer, por su naturaleza (salvo, se entiende, las excepciones), está toda en los sentidos. Basta saberla coger, encender y dominar. Las demasiado púdicas no tienen ni aun necesidad de ser encendidas: se encienden, se inflaman súbitamente por sí, apenas tocadas.

Silia no había dudado un momento que todo este discurso se había referido a ella; y, apenas en la calle Viola, se había revuelto, feroz, contra su marido, que durante la larga discusión no había hecho otra cosa que sonreír como un tonto y aprobar.

—Me ha insultado en todas las formas durante dos horas, y tú, tú, en vez de defender-

me, has sonreído, has aprobado, dejándole entender así que era verdad lo que decía, porque tú, marido mío, sí, tú, lo podrías saber muy bien...

—¡Pero qué tontería!—había exclamado Aldo, atolondrado.—Tú desatinas... ¿Yo? ¿Qué tú seas sensual? ¿Pero qué dices? Si él hablaba de la mujer en general, ¿qué tienes tú que ver con eso? Si él hubiera sospechado un momento que pudieses referir a tí su discurso, ¿cómo había de haber abierto la boca? Y además, perdona, ¿cómo podía creerlo, si no te has mostrado en realidad ante él como la mujer pudibunda de que hablaba?... No te has ruborizado ni pizca; has defendido con ímpetu, con fervor, tu opinión... Y yo he sonreído porque me complacía de ello, porque veía la prueba de cuanto siempre te he dicho y sostenido, esto es, que cuando tú no piensas en eso, no estás nada cortada ni cohibida; y que todo ese tu presunto empacho no es otra cosa que terquedad. ¿Qué tiene que ver con esto el pudor, de que hablaba Viola?

Silia no había encontrado qué responder a esta justificación de su marido. Se había encerrado en sí misma, disimulando, a escudriñar por qué se había sentido tan profundamente herida del discurso de Viola. ¡No era pudor, no era pudor el suyo, aquel pudor tan asqueroso de que hablaba Viola: era confusión, pero era cierto que una mala persona

como Viola podía interpretar como pudor aquella confusión, y, por lo tanto, creerla una... una cualquier cosa, eso!

Verdaderamente, en esta ocasión, como aseguraba Aldo, no se había ella mostrado confusa... No, no se había mostrado. Pero sin género de duda, ella experimentaba esta confusión; podía alguna vez vencerla, forzarse en no demostrarla, pero la sentía, la sentía dentro de sí, no cabía duda; y provenía todo de la educación que le había dado su padre. Que el marido lo pusiera en duda la irritaba, porque negar este embarazo significaba que él no se enteraba de nada, y no se hubiera enterado tampoco si, en lugar de esta confusión, existiera en ella el impudor de que hablaba Viola.

¿Era posible que ella, sin saberlo, fuese...? ¡Ah, Dios, no! Sólo el pensarlo le causaba asco, horror.

Y sin embargo...

* * *

Fué en el sueño la revelación.

Comenzó como un desafío, aquel sueño, como una prueba, a la cual Carlos Viola la retase, como consecuencia de la discusión habida con ella tres noches antes.

Ella debía demostrarle que no se ruborizaba de nada; que él podía hacer con ella cual-

quier cosa que le pluguiese, y que ella no debería turbarse ni descomponerse.

Y he aquí que él comenzaba con fría audacia la prueba. Le pasaba primero levemente una mano por la cara... Al tacto de aquella mano, ella hacía un esfuerzo violento sobre sí misma para disimular el escalofrío que le corría por toda su persona, y no ocultar la mirada y tener firmes e impasibles los ojos y apenas sonriente la boca. Ahora él le acercaba los dedos a la boca; le bajaba delicadamente el labio inferior y anegaba allí, en la interna humedad, un beso cálido, largo, de infinita dulzura. Ella apretaba los dientes; se hacía toda entereza para dominar el temblor, el estremecimiento del cuerpo; y entonces él se dedicaba tranquilamente a desnudarle el seno, y... ¿Qué había en esto de malo? No, no... nada, mirad, nada de malo... Pero... ¡oh, Dios!, no... él se recreaba prolongando pérfidamente la caricia... no, no... demasiado... y... Vencida, perdida; primero, sin conceder, comenzaba a ceder, no por fuerza de él, no, sino por el desmayo y el espasmo de su propio cuerpo; y, al fin...

¡Ah, saltó del sueño convulsa, deshecha, temblorosa, llena de disgusto y de horror!

Miró al marido, que dormía ignorante a su lado; y la vergüenza que sentía por sí se cambió de súbito en abominación hacia él, como si él fuese la ocasión de la ignominia con la que ella experimentaba aún placer y sacudi-

mientos; él, él por la estúpida obstinación de recibir en casa aquellos amigos.

Y ved; ella lo había engañado en sueños; engañado, y no sentía por ello remordimientos, no, sino rabia hacia sí, por haber sido vencida, y rencor contra él, hasta porque en seis años de matrimonio él no había sabido nunca hacerle probar aquéllo que ahora mismo acababa de probar en sueños con otro hombre.

¡Ah, toda en los sentidos!... Luego, ¿era verdad?

No, no, la culpa era de él, del marido que, no queriendo creer en su turbación, la forzaba a vencerse, a hacer violencia a su naturaleza, la exponía a aquellas pruebas, a aquellos desafíos, de los que había nacido el sueño aquel. ¡Cómo resistir a una tal prueba! La había querido él, el marido. Y este era su castigo. Hubiera ella gozado con este castigo, si de la alegría maligna que experimentaba con él hubiera podido separar la vergüenza que sentía por sí misma.

¿Y ahora?

* * *

El choque sobrevino terrible en la tarde del día siguiente, después del duro, tétrico silencio mantenido durante toda la jornada contra toda insistente demanda del marido, que

quería saber por qué estaba así, qué cosa le había sucedido.

Y ocurrió el choque al anuncio de la visita de Carlos Viola.

Oyendo en el recibimiento la voz de él, Silia dió un salto, de improviso transformada. Una ira furibunda le vibró en los ojos; saltó sobre el marido y, temblando de la cabeza a los pies, le intimó para que no recibiese a aquel hombre.

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡Échalo a la calle!

Él se quedó al principio estupefacto, casi espantado de aquel arranque furioso. No pudiendo comprender la razón de tanta repugnancia, cuando ya creía que, por el contrario, el amigo Viola, después de lo que él había dicho a Silia con motivo de aquella discusión, había reconquistado un poco la simpatía de ella, se irritó forzosamente con la absurda, peyoratoria intimación.

—¡Pero tú estás loca, o quieres hacerme enloquecer! ¿Por qué? ¿He de perder, por tu estúpida locura, todos mis amigos?

Y desenlazándose de ella, que se le había agarrado con fuerza, ordenó a la criada que hiciera pasar al señor.

Silia escapó a refugiarse en la alcoba de al lado, lanzando al marido, antes de desaparecer detrás de la cortina, una mirada de odio y de desprecio.

Se desplomó sobre la poltrona, como si las

piernas de pronto se le hubieran tronchado; pero toda la sangre le escocía por las venas y todo el sér se le revolvía dentro, en aquel abandono desesperado, oyendo a través de la puerta cerrada las expresiones de festivo acogimiento del marido a aquél con quien ella la noche antes, en el sueño, lo había traicionado. Y la voz de aquel hombre... ¡oh, Dios!... las manos, las manos de aquel hombre...

De improviso, mientras se tendía toda sobre la poltrona, desgarrándose con las uñas los brazos, el seno, lanzó un grito y cayó a tierra, presa de una espantosa crisis de nervios, de un verdadero ataque de locura.

Los dos hombres se precipitaron en la alcoba; quedaron un instante aterrados a la vista de ella, que se retorció en el suelo como una serpiente, gruñendo, aullando. Aldo probó a levantarla; Carlos Viola acudió a ayudarle. ¡Nunca lo hubiera hecho! Sintiéndose tocada de aquellas manos, el cuerpo de ella, en la inconsciencia, en el absoluto dominio de los sentidos, aún despiertos al recuerdo, se puso a temblar toda, con un temblor voluptuoso, y —ante los ojos del marido— se abrazó a aquel hombre, pidiéndole ansiosamente, con horrible urgencia, las caricias frenéticas del sueño.

Horrorizado, Aldo, la arrancó del pecho del amigo; ella gritó, se resistió, y después se le desplomó en los brazos, casi exánime, y fué echada en la cama

Los dos hombres se miraron, aterrorizados, no sabiendo qué pensar, qué decir.

La inocencia era tan evidente en el aturdimiento doloroso de Carlos Viola, que ninguna sospecha fué posible para Aldo. Lo invitó a salir de la alcoba: le dijo que desde la mañana su mujer estaba intranquilizada, en un estado de extraña alteración nerviosa; lo acompañó hasta la puerta, pidiéndole perdón de que lo despidiese por aquel doloroso, imprevisto accidente; y volvió de prisa a la alcoba de ella.

La encontró sobre la cama, ya vuelta en sí, acurrucada como una fiera, con los ojos vidriosos; temblaba con todos sus miembros, como de frío, con saltos violentos, y sacudidas de rato en rato.

Como él se le echó encima, hosco, para pedirle cuentas de lo acaecido, ella lo rechazó con ambos brazos y con castañeteo de dientes, con deleite dilacerante, le arrojó a la cara la confesión de su adulterio. Decía, con una sonrisa convulsiva, perversa, apretándose contra sí misma y abriendo las manos:

—¡En el sueño!... ¡En el sueño!

Y no le hacía gracia al marido ni del más pequeño pormenor. El beso en el interior de los labios... las caricias sobre el seno... Todo con la pérfida seguridad de que él, aun sintiendo como ella que aquella traición era una realidad y, como tal, irrevocable e irrepara-

ble, porque se había consumado y saboreado hasta lo último, no podía imputar la culpa a su mujer. El cuerpo de ésta—él podía golpearlo, maltratarlo, hacerlo trizas—pero tal como lo veía allí, había sido de otro hombre, en la inconsciencia del sueño. No existía de hecho, para aquel otro hombre, la traición; pero había sido y seguía siendo, aquí, para ella, en el cuerpo suyo, que se había deleitado con ella, una realidad.

¿De quién la culpa? ¿Y qué podía hacer él?